

# El Rincón que se entreabre

Al final de la lidia la res brava busca la querencia de las tablas. En nada estuvo más acertado el que sostuvo que la verdadera patria del hombre es su infancia.

Un buen día, a cada uno de un centenar larguísimo nos llegó una llamada inesperada, un correo electrónico reenviado por alguien casi tapado por la pátina del olvido y la distancia. Y resulta que todos llevábamos el mismo apellido de la familia. Unos entraron en la saga en el lejano 1971 y no se movieron de la casa hasta 1985. "de jardín de infancia a COU" era el poético marchamo de tiempos pretéritos.

Otros entramos o salieron del abanico de años, del ramillete de cursos que se llamaron EGB o BUP según los sesudos planes de ministros de ramo, al azar de traslados de hogar, cambios de residencia, preferencias de carácter propios o simplemente deseos de mejora. Y lo hicimos en trayectorias de dos, de seis, de ocho, de diez años. Qué más da.

Pero todos éramos de la familia. El que vino un año al colegio y se marchó al siguiente también era de la familia. La gran familia de la Promoción 1984/85.

El veinte de noviembre de 2010 era el día. Un puñado de buena gente movió piezas, avanzó en unas cuantas jugadas maestras el deseo de entreabrir más que un rincón de la memoria un rincón del corazón. La pertenencia al grupo es una de las llamas más potentes de la humanidad.

Uno puede sentirse músico y vivir la música como lo más noble de su interior. Nosotros ese día reunimos a un grupo de maestros en el sentido noble de la palabra y nos sentimos más que nunca condiscípulos. La comida era sólo una excusa, un escenario donde los mejores manjares sabían a besos, apretones, reencuentros, añoranzas de tantas frías mañanas de esfuerzos entre párrafos, entre balones, entre trazos de tiza.

Hermanos de una misma familia.

Como todos nos hacemos viejos a la vez, las chisporroteantes miradas de unos en las retinas de los otros nos transportaban con Fray Luis a un reiterado "decíamos ayer" como si el tiempo implacable cerrara un tremendo paréntesis.

Son unas bodas de plata, Son la condensación de relatos que saltan de boca en oídos, una catarata de puestas al día, de datos que se sobreescriben...

Cuando los vagones de rápidos trenes y potentes automóviles nos devuelven a la realidad días después, sólo queda la sobredosis de plenitud, el baño de nostalgia, la bella sensación de que aquella semilla es ahora un tronco henchido de anillos. La siembra es ahora bosque.

Y en un rincón de ese bosque pone el nombre de una familia que dentro de no mucho, sin ninguna duda, volverá a fundirse apretando aún más los abrazos.

Antonio Gómez Bernal  
Salamanca



Desde mi ventana

## Veinticinco años atrás

Antonia Cortés - jueves, 18 de noviembre de 2010



Imprime esta página



Si veinte años no es nada, como reza el bolero, veinticinco pueden ser demasiados cuando alertan de alguna fecha concreta; cuando suponen el recuerdo de viejos momentos llenos de juventud; cuando la edad de los diecisiete o dieciocho son los que marcan el inicio hasta llegar a ese

cuarto de siglo. Un fin de una etapa y el principio de otra que se presentaba llena de vitalidad, de energía para comerse el mundo.

Esa mirada hacia atrás, nos lleva a recordar ese nuevo camino que había que recorrer; la obligación y necesidad de tomar una decisión que mucho tenía que ver con el futuro, aunque, a veces, el futuro se presenta caprichoso, lejano de las elecciones que uno ha tomado en un instante de su vida con el objetivo de alcanzar determinados anhelos. Y es que la vida es la vida.

Pero esa frescura de esos años nos llevó a escoger un camino, sin ser conscientes de que en ese paseo se volverían a abrir nuevas sendas, incluso varias a la misma vez, que supondrían otras decisiones, unas acertadas, otras, no tanto. Y así se iría forjando un mañana tal y como lo habíamos imaginado, o quizá como en algún sitio nos lo habían escrito.

Pero el regreso a ese pasado de hace ya veinticinco años y el recorrido hasta nuestros días queda ahora exento de todo tipo de balances, de valoraciones, de juicios o reflexiones. No, los veinticinco años se presentan para revivir tantas y tantas ilusiones como entonces; para volver a poner las caras, las sonrisas, las miradas, de quienes compartieron sueños, amores, risas, excursiones, noches de estudio, aprobados y suspensos, insomnios provocados por los exámenes, cigarrillos a escondidas, fiestas conjuntas entre colegios, pupitres de madera, tizas y pizarras verdes... También para recordar a los que en ese transcurso del tiempo nos dejaron, eso sí, siempre con una sonrisa, la que tendrían ahora si hubieran recibido un correo avisándoles de que hace ese puñado de años terminaron sus estudios para empezar una nueva andadura en la Universidad.

Cualquier excusa vale, pero ninguna mejor para cambiar planes, agendas, viajes..., para sacar billetes desde cualquier parte con vuelta a la tierra, a esta pequeña ciudad, y celebrar un aniversario, el de COU, que solo trae buenos recuerdos, a pesar de la selectividad.

Es muy divertido rescatar la orla escondida entre papeles, libros y cosas importantes de la adolescencia y la juventud e intentar imaginar cómo estarán ahora, tanto tiempo después, esos compañeros y compañeras. Es más que curioso verse a uno mismo veinticinco años atrás. Y es que hay cosas, momentos, sensaciones, olores, imágenes, que nunca se olvidan.

Que se lo pregunten a la promoción 1984-85 de los Colegios San José y Nuestra Señora del Prado (Marianistas) que precisamente este sábado sacarán el baúl de los recuerdos para teñir el día de cientos y cientos de ratos inolvidables.